

-¿Qué?

-Nada.

-Claro es que no se puede dejar a las personas irse a la eternidad, si tienen algo importante que hacer aquí. Pero como ella no tiene nada importante que hacer...

-Aun así -insistió John- no me parece bien.

El doctor se encogió de hombros.

-Bueno, si a usted le parece mejor tenerle todo el día encima aullando como una loca...

Al fin, John vió obligado a ceder, Linda tuvo *soma*, Siguió en adelante en su cuartito del piso treinta y siete, en la casa de Bernard, acostada, con la radio y la televisión funcionando constantemente, y la llave del pachulí goteando, y las tabletas de *soma* al alcance de la mano. Seguía allí, y sin embargo no estaba allí; estaba siempre lejos, infinitamente lejos, de vacaciones; de vacaciones en algún otro mundo, donde la música de la radio era un laberinto de sonoros colores, un laberinto resbaladizo, palpitante, que guiaba (y por qué hermosos e inevitables rodeos) a un brillante centro de certidumbre absoluta; donde las danzantes imágenes de la caja de televisión eran los actores de una inefablemente deliciosa película sensible toda cantada; donde el goteante pachulí era más que un perfume -era el Sol, un millón de saxófonos. Popé poseyéndola; pero mucho más, incomparablemente más, y sin cesar.

-No, no podemos rejuvenecer. Pero celebro mucho- terminó el doctor Shaw- el haber tenido esta ocasión de observar la senilidad en un ser humano. Muchas gracias por haberme llamado.

Estrechó fuertemente la mano de Bernard.

Era, pues, a John a quien buscaban todos. Y como sólo era posible verle por medio de Bernard, su guardián oficial, Bernard hallóse, por primera vez en su vida, tratado no simplemente como cualquier otro, sino como una persona de gran importancia.

Ya no se hablaba de alcohol de su sangre artificial, ya nadie se burlaba de su aspecto físico. Henry Foster se deshizo en cumplimientos de amistad; Benito Hoover le regaló seis paquetes de goma de hormona sexual para mascar; el Subdirector de Predestinación vino a mendigarle casi con bajeza una invitación para una de las *soirées* de Bernard. Y en cuanto a mujeres, bastaba que Bernard aludiese a la posibilidad de una invitación para lograr la que quisiera, fuese quien fuese.

-Bernard me ha invitado a ver al Salvaje el miércoles próximo -anunció triunfalmente Fanny.

-Me alegro -dijo Lenina-. Y ahora tendrás que reconocer que te habías equivocado con respecto a Bernard ¿No le encuentras muy agradable?

Fanny afirmó con la cabeza.

-Y debo reconocer -dijo- que he sido muy agradablemente sorprendida.

El Envasador-Jefe, el Director de Predestinación, tres Subdelegados del Fecundador

General, el Profesor de Sensaciones de la Escuela de Ingenieros de Emoción, el Decano de la Cantoría en Común de Westminster, el Inspector de la Bokanowskyficación... la lista de personalidades de Bernard era interminable.

-He tenido seis muchachas la semana pasada -dijo confidencialmente a Helmholtz Watson-. Una el lunes, dos el martes, otras dos el viernes y una el sábado. Y si hubiese tenido tiempo y humor, quedaba todavía una docena que lo estaban deseando...

Helmholtz escuchaba sus jactancias en un silencio tan severamente desaprobador, que Bernard se molestó.

-Me tienes envidia -dijo.

Helmholtz negó con la cabeza.

-Estoy triste, nada más -respondió.

Bernard marchóse disgustado.

-Nunca más -dijo entre sí-. Nunca más volveré a hablar a Helmholtz.

Pasaron los días. El triunfo se le subió a Bernard a la cabeza, y le fue reconciliando por completo (como cualquier buen intoxicante hace) con un mundo al que hasta entonces había encontrado muy poco satisfactorio. En cuanto reconocía su importancia, el orden de las cosas antojábasele bueno. Pero aunque reconciliado por el triunfo, rehusó sin embargo renunciar al privilegio de criticar este orden. Pues el criticar realizaba, a su entender, su propia importancia y hacía sentirse más grande. Y, además, creía sinceramente que había cosas criticables. (Al mismo tiempo le halagaba sinceramente también su buen éxito y tener cuantas chicas quería.) Ante todos éstos que, a causa del Salvaje, hacíanle ahora el rendibú, alardeaba Bernard de una vituperable heterodoxia. Le ofan cortésmente. Pero a sus espaldas la gente meneaba la cabeza. "Este chico acabará mal", decían, profetizando con la mayor seguridad, pues pensaban colaborar personalmente en el momento oportuno para que acabara mal. "No encontrará otro salvaje que le saque a flote la segunda vez", decían. Entre tanto, cierto, estaba allí el primer salvaje; y seguían siendo corteses. Y como eran corteses, Bernard creíase verdaderamente gigantesco; gigantesco y, al mismo tiempo, ligero, ingravido a fuerza de triunfo, de soberbia, más ligero que el aire.

-Más ligero que el aire -dijo Bernard, señalando hacia arriba.

Como una perla en el cielo, alto, mucho más alto que ellos, el globo cautivo del Servicio Meteorológico brillaba rosado con la luz del Sol.

"...Se le mostrará al dicho Salvaje -rezaban las instrucciones dadas a Bernard- la vida civilizada en todos sus aspectos..."

Se le mostraba ahora, a vista de pájaro, el panorama desde la Torre de Charing-T. El Jefe de Estación y el Meteorólogo de turno servían de guías. Pero era Bernard el que hablaba más. Embriagado, se producía como si, cuando menos, fuese un Inspector Mundial. Más ligero que el aire.

El Cohete Verde de Bombay cayó del cielo. Descendieron los pasajeros Ocho idénticos

gemelos dravidianos, vestidos de caqui, asomaron por las ocho ventanillas de la cabina: los camareros.

-Mil doscientos cincuenta kilómetros por hora -dijo el Jefe de la Estación solemnemente-.
¿Qué le parece, señor Salvaje?

A John le pareció muy bonito.

-Sin embargo -dijo-, Puck podía poner un ceñidor en torno de la Tierra en cuarenta minutos.¹

"El Salvaje -escribía Bernard en su informe a Mustafá-Mond- muestra sorprendentemente poca admiración o sorpresa por las invenciones civilizadas. Lo que, sin duda, en parte es debido al hecho de haber oído hablar de ellas a la mujer. Linda, su ma..."

(Mustafá-Mond frunció el ceño. -"¿Pensará este idiota que soy tan ñoño para no poder ver esa palabra escrita con todas sus letras?").

"Y en parte también a estar dirigido todo su interés a lo que él llama 'el alma', que persiste en considerar como una entidad independiente del medio físico circundante; mientras que, como he intentado demostrarle..."

El Inspector saltó los párrafos siguientes; e iba ya a volver la página en busca de algo más interesante y concreto, cuando tropezaron sus ojos con una serie de frases verdaderamente extraordinarias: "...aunque me es preciso admitir -leyó- que estoy de acuerdo con el salvaje en encontrar la civilizada puerilidad demasiado fácil o, como él dice, poco costosa; y me permito aprovechar esta ocasión para llamar la atención de Vuestra Fordería acerca de..."

La cólera de Mustafá Mond casi inmediatamente cedió plaza al buen humor. La idea de que aquel infeliz le encajaba solemnemente -a él- una conferencia sobre el orden social, era, en verdad demasiado grotesca. Debía de haber perdido el juicio. "Hay que darle una lección", se dijo; y echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír a carcajadas. No habría lección, de momento cuando menos.

Se trataba de una fabriquilla de aparatos de alumbrado para helicópteros, sucursal de la Sociedad de Equipos Eléctricos. Fueron recibidos en la propia azotea (pues la carta-circular de recomendación del Inspector producía efectos mágicos) por el Jefe Técnico y el Director del Elemento Humano. Bajaron a la fábrica.

-Cada trabajo -explicó el Director del Elemento Humano-, es llevado a cabo, en lo posible, por un solo Grupo Bokanowsky.

Y, en efecto, ochenta y tres Deltas, negros, braquicéfalos y muy romos de narices, se empleaban en el estampado en frío. Los cincuenta y seis tornos de mandriles y cuatro brocas estaban manejados por ciento seis Gammas aquileños, color jengibre. Ciento siete Epsilones senegaleses, acondicionados para el calor, trabajaban en la fundición. Treinta y tres mujeres Deltas, de cabezas

¹ I'll put a girdle round about the earth

In forty minutes

(Midsummer Night's Dream, II,1)

alargadas, color de arena y estrechas pelvis, todas -con una diferencia de 20 milímetros- de 1 metro 69 de altura, hacían tornillos. En la sala de ajustaje, se montaban los dínamos por dos cuadrillas de enanos Gamma-Más. Las dos mesas bajas estaban fronteras; por entre ellas, poco a poco, avanzaba la correa sin fin con su carga de piezas sueltas; cuarenta y siete cabezas rubias frente a cuarenta y siete morenas. Cuarenta y siete chatos frente a cuarenta y siete narigudos; cuarenta y siete hociquirromos frente a cuarenta y siete prognatos. Los mecanismos completos eran revisados por dieciocho muchachas de rizado pelo castaño, vestidas de verde Gamma; embalados por treinta y siete Deltas patiocortos y zurdos, y cargados en plataformas y camiones a la espera por sesenta y tres Epsilones Semienanos, ojiazules, de pelo de estopa y pecosos.

"¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo..." Por una jugarreta de su memoria, el Salvaje hallóse repitiendo las palabras de Miranda. "¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo que tales gentes tienes!"

-Puedo asegurarles -terminó el Director del Elemento Humano, cuando se marchaban de la fábrica-, que casi nunca tenemos disensiones con nuestros trabajadores. Siempre hallamos...

Pero el Salvaje se había separado bruscamente de sus acompañantes, y hacía esfuerzos por vomitar tras un seto de laureles, cual si la tierra firme fuese un helicóptero en un bache de aire.

"El Salvaje -escribía Bernard-, rehusa tomar *soma*, y parece estar muy disgustado porque la mujer Linda, su m..., está en continuas vacaciones. Es digno de observarse que, a pesar de la senilidad y aspecto en extremo repulsivo de su m..., va el Salvaje frecuentemente a verla, y muéstrase muy unido a ella: interesante ejemplo de cómo un temprano acondicionamiento puede modificar y aún contrariar los naturales impulsos (en este caso particular, el impulso a retroceder ante un objeto desagradable).

En Eton aterrizaron en la azotea de la Escuela Superior. Al otro lado del patio, los cincuenta y dos pisos de la Torre de Lupton lucían, blancos, al Sol. A su izquierda la Escuela y a su derecha la Cantoría Escolar en Común, alzaban sus moles venerables de cemento armado y vitacristal. En el centro del cuadrángulo estaba la arcaica y curiosa estatua, de acero cromado, de Nuestro Ford.

El Rector doctor Gaffney y Miss Keate, la Directora, les recibieron al bajar del avión.

-¿Tiene muchos gemelos aquí? -preguntó el Salvaje, un poco escamado, cuando iban a empezar la visita.

-¡Oh, no! -respondió el Rector-. Eton está exclusivamente reservado para los chicos y chicas de las castas superiores. Cada óvulo, un individuo. Esto, ni qué decir tiene, hace la educación más difícil. Pero como están llamados asumir responsabilidades y a afrontar inesperadas contingencias, no se puede remediar.

Suspiró.

Mientras tanto, a Bernard le iba gustando mucho Miss Keate.

-Si está usted libre cualquier noche, un lunes, un miércoles o un viernes -le decía,

señalando con el pulgar al Salvaje-. Es curioso, ¿sabe usted? Muy extraño.

Sonrió Miss Keate, y él pensó que su sonrisa era realmente encantadora.

-Gracias -dijo ella-; tendré sumo placer en asistir a una de sus reuniones.

El Rector abrió una puerta.

Cinco minutos pasados en esta clase de Alfas-Doble-Mas dejaron a John un poco aturdido.

-¿Qué es la relatividad elemental? -susurró a Bernard.

Bernard intentó explicárselo; pero, pensándolo mejor, propuso ir a cualquier otra clase.

De detrás de una puerta, en el pasillo que conducía a la clase de Geografía de los Betas-Menos, una sonora voz de soprano gritaba: "Uno, dos, tres, cuatro", y luego, con fatigada impaciencia: "¡Posición!"

-Ejercicios malthusianos -explicó la Directora-. La mayoría de nuestras chicas están esterilizadas, desde luego. Yo misma lo estoy -y sonrió a Bernard-. pero tenemos unas ochocientas que no lo están y a las que es necesario hacerles hacer constantemente esos ejercicios.

En la clase de Geografía de los Betas-Menos, supo John que "una reserva de salvajes es un lugar que a causa de las desfavorables condiciones climáticas o geológicas, o por su pobreza de recursos naturales, no compensa el gasto de civilización". ¡Tras!, la sala quedó a oscuras y, de repente, en la pantalla, sobre la cabeza del Profesor, aparecieron los *Penitentes*¹ de Acoma postrándose ante Nuestra Señora, gimiendo como John les había oído gemir, confesando sus pecados ante Cristo crucificado, ante el águila, imagen de Pukong. Los jóvenes etonianos echaron a reír alegremente. Sin dejar sus gemidos, pusieron en pie los Penitentes desnudaron hasta la cintura, y comenzaron a azotarse una y otra vez con látigos de correhuelas con nudos. Las risas redobladas, ahogaron hasta la amplificada reproducción de sus gemidos.

-Pero, ¿por qué se ríen? -preguntó el Salvaje apenado y pasmado.

-¿Por qué -el Rector volvió hacia él su rostro en que le retozaba la risa-. ¿Por qué? Pues porque tiene muchísima gracia.

En la penumbra cinematográfica, Bernard arriesgó a hacer un ademán que antes, ni aun en total obscuridad, se hubiese atrevido. Muy seguro de su actual importancia, rodeó el talle de la Directora. Ella plegóse como un sauce. Ya estaba a punto de darle un beso o dos, y hasta, como quien no hace la cosa, un pellizquito, cuando, de golpe, las contraventanas se abrieron.

-Quizá sería preferible que siguiésemos -dijo Miss Keate-, y se dirigió hacia la puerta.

-Aquí está la Central Hipnopédica -dijo a su vez el Rector, instantes después.

Cientos de cajas de música sintética, una para cada dormitorio, estaban alineadas en anaqueles alrededor de tres de los muros de la pieza; en el cuarto, clasificados en un columbario, estaban los rollos de inscripción sonora que contenían las diversas lecciones hipnopédicas.

-Se mete el rollo por aquí -explicó Bernard, interrumpiendo al doctor Gaffney-, se aprieta este interruptor...

-No, este otro, -corrigió el Rector, amoscado.

-Bueno, ese. El rollo se desarrolla. Las células de selenio transforman las impulsiones luminosas en ondas sonoras, y ...

-Y ya está -terminó el doctor Gaffney.

-¿Leen a Shakespeare? -preguntó el Salvaje cuando, de camino para los Laboratorios Bioquímicos pasaron por delante de la Biblioteca de la Escuela.

-Claro que no -dijo la Directora ruborizándose.

-Nuestra biblioteca -afirmó el doctor Gaffney-, contiene sólo libros de consulta. Si nuestros chicos quieren distraerse, pueden ir al cine sensible. No les animamos a entregarse a las diversiones solitarias.

Cinco autobuses cargados de chicos y chicas, cantando o en un silencioso abrazo, pasaron ante ellos por la carretera vitrificada.

-Vuelven ahora mismo -explicó el doctor Gaffney, mientras Bernard, cuchicheando, se citaba con la Directora para aquella misma tarde- del crematorio de Slough. El acondicionamiento para la muerte comienza a los dieciocho meses. Cada crío pasa dos mañanas cada semana en el Hospital de Moribundos. Tienen allí juguetes más bonitos, y los días en que hay muertos les dan crema de chocolate. Aprenden así a considerar la muerte como una cosa natural.

-Como cualquier otro proceso fisiológico -concluyó la Directora profesionalmente.

Quedaron de acuerdo: a las ocho en el Savoy.

De vuelta a Londres se detuvieron en la fábrica de la Compañía General de Televisión en Brentford.

-¿Quiere esperarme un momento mientras voy a telefonar? -preguntó Bernard.

El Salvaje observó mientras esperaba. Dejaba el trabajo el turno principal del día. Una multitud de obreros de castas inferiores hacía cola ante la estación del monorriel: siete u ochocientos Gammas, Delta y Epsilones, hombres y mujeres, con sólo una docena de fisonomías y tallas diferentes. A cada uno, junto con su billete, el taquillero le daba una caja de cartón con píldoras. La cola avanzaba lentamente.

-¿Qué hay en esos...(acordándose del *Mercader de Venecia*) cofrecillos? -preguntó el Salvaje a Bernard cuando volvió.

-La diaria ración de *soma* -contestó Bernard bastante confusamente pues estaba masticando una pastilla de la goma para mascar, regalo de Benito Hoover.

-Se les da al terminar el trabajo. Cuatro tabletas al finalizar éste y seis el sábado.

Cogió afectuosamente del brazo a John y se fueron hacia el helicóptero.

Lenina entró cantando en el Vestuario.

-Parece que estás contenta -dijo Fanny.

-Sí *estoy* contenta -respondió Lenina-. ¡Ris! Bernard me ha llamado hace media hora.

¡Ris, ras! Se quitó los pantalones.

-Tiene un compromiso inesperado -¡Ris! -Y me ruega acompañe esta tarde al Salvaje al Cine Sensible. Tengo que andar lista.

Y lanzóse hacia el baño.

-Tiene suerte -se dijo Fanny viéndola marchar.

No había nada de envidia en el comentario; Fanny, con su buena alma, constataba meramente un hecho. Lenina *tenía* suerte; suerte, porque había compartido junto con Bernard una buena parte de la inmensa celebridad del Salvaje; suerte por reflejar por el momento en su insignificante persona la moda suprema del día. ¿No le había invitado la Secretaría de la Sociedad de Jóvenes Fordianas a dar una conferencia sobre sus impresiones? ¿No había sido invitada a la Comida Anual del Aphroditoum Club? ¿No había salido ya en uno de los últimos Noticieros Sensibles (de un modo visible, audible y tocable) ante incontables millones de espectadores esparcidos por todo el planeta?

No menos halagüeñas eran las atenciones que con ella habían tenido conspicuas personalidades. El Segundo Secretario del Inspector Mundial de la región, la había invitado a cenar y a desayunar con él. Había pasado un fin de semana con Su Fordería el Fiscal Supremo y otro con el Archichante de Canterbury. El Presidente de la Compañía de Secreciones Internas y Externas la telefoneaba constantemente, y había además ido a Deauville con el Subdirector del Banco de Europa.

-Es maravilloso, claro está. Y sin embargo, en cierto modo -confesó a Fanny- me parece como si lograra algo con malas artes. Porque, desde luego, lo primero que desean saber es cómo hace el amor un salvaje. Y tengo que decirles que no lo sé.

Meneó la cabeza.

-La mayoría naturalmente, no me cree. Y es verdad. Y yo querría que no lo fuera -agregó tristemente y suspirando- Es tremendamente hermoso, ¿no te parece?

-Pero, ¿es que no le gustas? -preguntó Fanny.

-Algunas veces creo que sí, y otras me parece que no. Hace cuanto puede para rehuirme; sale de la habitación en cuanto yo entro; no quiere tocarme; no quiere ni aun mirarme. Pero a veces me vuelvo bruscamente y le sorprendo contemplándome; y luego, ¿eh?, ya sabes cómo miran los hombres cuando les gustamos.

Si, Fanny lo sabía.

-No lo entiendo -dijo Lenina.

No lo entendía; y estaba no sólo extrañada, sino también algo apenada.

-Porque, ya ves, Fanny, me gusta.

Le gustaba cada día más. Y se le presentaba una buena ocasión, pensó mientras perfumábase después del baño. Tap, top, top, una buena ocasión. Su optimismo se tradujo en canto:

Cífieme, embriégame a caricias,
bésame hasta que caiga en coma,
cífieme estrecha y dulcemente
con amor grande como el *soma*.

El órgano de perfumes tocaba un capricho de hierbas aromáticas, deliciosamente refrescantes, filigranas de arpegios de tomillo y espliego, de romero, de albahaca, de mirto, de estragón; una serie de atrevidas modulaciones que pasaban por todos los matices desde las especias hasta el ámbar gris, y un moroso retomo por el sándalo, el alcanfor, el cedro y el heno recién segado. (con unos incidentales, sutiles toques de discordes: una bocanada de rífonada, una casi sugestión de estiércol de puerco), para tomar a los sencillos aromas con los que comenzó la pieza. La postrera explosión de tomillo desvaneciéndose; oyéronse aplausos y encendiéronse las luces. En la máquina de música sintética, el rollo de impresión sonora comenzó a desarrollarse. Era un trío para hiperviolín, supervioloncelo y sedooboe, que llenó el aire con su agradable languidez. Treinta o cuarenta compases, y sobre este fondo instrumental, una voz más que humana comenzó a gorjear; ya de garganta, ya de cabeza, ya hueca como una flauta, ya cargada de armonías llenas de deseo, pasaba sin esfuerzo de la marca en bajo de Gaspard Foster a los límites mismos de los sonos musicales, hasta un trino como el grito del murciélago, más alto que el más alto *do* que una vez (en 1770, en la Ópera Ducal de Parma, con gran pasmo de Mozart) lanzó Lucrezia Ajugari, única cantante de quien tal recuerde la Historia.

Hundidos en sus butacas neumáticas, Lenina y el Salvaje oían y escuchaban. Llegó a la vez a los ojos y a la piel.

Se apagaron las luces; letras liameantes destacáronse como si se sostuviesen solas en la obscuridad. *Tres semanas en helicóptero. Superfilm totalmente cantado, hablado sintéticamente, en colores, estereoscópico y sensible. Con acompañamiento sincronizado de órgano de perfumes.*

-Apoye las manos en los botones metálicos que hay en los brazos de la butaca -murmuró Lenina-, pues así nos apreciará los efectos del sensible.

Obedeció el Salvaje.